



A la demagogia, como la del Presidente, se le combate con datos, con información, con experiencias; no con más demagogia.



GABRIELA WARKENTIN
@warkentin

No, no fue sorpresa

Pero, aun así, las oposiciones partidistas amanecieron con cara de *what?!*, cual venados torpes sobre aguas congeladas. Como si hubiese sido, justo, sorpresa. Se vale, todos hemos tenido malos despertares. Solo que, si siguen así, Palacio Nacional les comerá otra vez el mandado narrativo sin que puedan siquiera meter las manos.

Estaba cantado que López Obrador presentaría sus iniciativas de reformas constitucionales este 5 de febrero. Lo anunció, advirtió que no iría a Querétaro a conmemorar la Constitución y fue presumiendo temas, contenidos e intenciones. Bastaba seguir la retórica de Palacio para saber que las iniciativas tocarían al Poder Judicial, al sistema electoral, derechos sociales, la consolidación militar de la Guardia Nacional, a los órganos autónomos. Y, con algo de ganas, se podían conocer, en medios y espacios digitales, los contenidos de las iniciativas. Estaba todo anunciado. Pero, cuando finalmente sucedió, la oposición partidista amaneció patidifusa y poco contundente.

O eso proyectó.

O eso quiso proyectar.

Comunicados genéricos con muchos “vamos a estudiar detenidamente lo que se presenta antes de tomar una decisión” y muchos otros “no aceptaremos que se atente contra las instituciones”. *Okei*. Publicaciones en redes sociales que rezuman indignación, aunque sin muchas concreciones. *Okei*. Diatribas en entrevistas mediáticas en tono de “no permitiremos que el Presidente distraiga de los temas importantes del país con estas iniciativas”, pero sin especificar cómo no lo permitirán. *Okei*, pues. Mucho más afinada, por cierto, la reacción de la presidenta de la Suprema Corte que no fue a la conmemoración constitucional a Querétaro, dado que tampoco iba López Obrador, y envió en su representación a uno de los ministros odiados por la 4T, Pérez Dayán, que se aventó un buen discurso sobre la independencia del Poder Judicial. Y mucho más informados y esclarecedores los análisis de especialistas

y periodistas que sí le hincaron el ojo a las iniciativas para desgranar peligros y oportunidades.

Decir, como hace la oposición partidista o la más polarizada en redes sociales, que López Obrador busca imponer agenda es una obviedad. La pregunta es por qué no activan estrategias para recuperar o imponer agenda propia. A la demagogia, como la del Presidente, se le combate con datos, con información, con relatos a ras de tierra, con experiencias, con voces. A la demagogia, como la del Presidente, no se le combate con más demagogia. Porque ahí sí, la cancha es muy dispereja y el resultado es un desastre anunciado.

Desde la Presidencia tienen ganada la narrativa social con solo activar algunos mensajes básicos: nosotros queremos tu bienestar, ellos no; nosotros queremos menos dispendio, ellos no; nosotros queremos que tu voto cuente, ellos no; nosotros queremos un país menos desigual, ellos no; nosotros queremos educación pública, gratuita y de



calidad, ellos no; nosotros queremos que la justicia lo sea, ellos no.

Nosotros queremos, ellos no.

Por todo esto, el día después, el 6 de febrero, habría sido buena ocasión para que la oposición, datos y campañas creativas en mano, refutara con un “nosotros queremos vivir en el país que López Obrador tiene en la cabeza”. Datos para contrarrestar, mensajes atractivos para provocar, convocatorias para dilucidar qué sí se apoya, por convicción o supervivencia, y qué no. Pero reiterar *es de que está distrayendo, es de que está polarizando, es de que los problemas importantes son otros*, suena más a cántico de derrota que a estrategia de contención o de convocatoria de nuevas simpatías.

Lo que quiere López Obrador con las reformas es sellar a su movimiento dentro de la Constitución. Pretende una insana concentración de poder. Y como no es partidario de la rendición de cuentas, apuesta a la perseverancia para lograrlo, ahora o en unos meses. Y apuesta a la fuerza de la narrativa social para que los electores le den la mayoría que necesita.

Muchos decían que, con AMLO, México podría convertirse en Venezuela. Pero, en una de esas, México comienza a parecerse, en espíritu, más a El Salvador. Las democracias pueden morir de manera democrática. Ojalá las oposiciones lo entiendan y salgan de su pasmo. Salvo que les convenga permanecer ahí... diciéndose eternamente sorprendidas.